

## Recuerdos orgánicos

A veces me pasa. Mientras me preparo un café en la mesada de la cocina. Es como una pincelada de memoria, un efímero haz de luz que se posa sobre un recuerdo intrascendente. Un tramo de la ruta que atraviesa La Pampa, entre Santa Rosa y Colonia 25 de Mayo, sólo un tramo de ruta rodeada de cielo y desierto. Sé que viajé muchas veces por ahí, pero no podría identificar un punto preciso. Mi recuerdo es un lugar, pero yo no podría decir dónde. No es el kilómetro ciento nueve de la ruta veinte, no funciona así. Otras veces la luz resalta una sensación, la textura de la tierra bajo mis zapatillas de trekking en algún sendero de montaña. No sé el lugar, pero es un lugar exacto, con tierra dura y seca, piedras, polvo y ceniza; bien marcado en medio de esa vegetación, esa mezcla diversa que para mí significa suelo patagónico. Y así muchos otros, detalles sueltos, sensaciones. A veces me pasa que tengo estos recuerdos de nada.

El café de hoy me trajo una esquina de la cuadra donde estaba mi escuela primaria, con la luz de un otoño a las cinco de la tarde. Llevé mi café al escritorio, prendí la computadora y entré al sitio del Ministerio del Orden Social para actualizar mi permiso de circulación como lo hacía cada tres meses desde hacía siete años. Por mi trabajo preparando pedidos en un depósito de alimentos a cuatrocientos metros de mi casa, cuatro horas por semana los días martes, tenía que generar ese permiso regularmente. Sin permiso no hay movimiento posible. Y esa es la única salida que tengo permitida desde que la Primera Pandemia llegó a la ciudad. Ese es uno de mis trabajos. Antes, hace siete años, trabajaba desde mi casa, en lo que en ese momento me parecía algo genial, haciendo estudios de mercado que se vendían a empresas que querían invertir en el país o a universidades o instituciones que usaban esos datos para investigación.

Las pandemias todo lo cambiaron: el trabajo, mi fascinación por el home office, los vínculos, la salud, la vida, la muerte. Ahora nadie usa estudios de mercado porque eso que llamábamos mercado dejó de existir en los primeros diez meses de la Primera Pandemia. Ahora todo es regulado por el Estado Glocal, un grupo de burócratas internacionales que toma decisiones de

aplicación global pero con diferentes matices locales, porque aún falta mucho para que todos podamos hacer lo mismo de la misma forma. Ya llegará.

Así las cosas, ahora tengo varios trabajos distintos que me permiten pagar los alimentos y medicinas que compro por internet y me dejan en bolsas asépticas en la puerta de mi casa una vez a la semana o el entretenimiento que elijo y pago en distintos sitios web y redes sociales. Cuando se desató la Primera Pandemia, el entretenimiento, las clases y casi todo lo virtual era gratis, pero luego todo se fue reacomodando. Ahora, siete años después, todo se paga al Estado Glocal.

En el depósito de alimentos nos turnamos para no cruzarnos con otros empleados; yo hago mi parte en el espacio que tengo designado y me retiro puntual antes de que sea rociado con los líquidos de la desinfección automática que se esparce por techo, paredes, suelo y mercadería, para que, cinco minutos más tarde, entre alguien más y continúe la tarea, así hasta que el pedido le llegue a quien lo encargó. De esta forma, mucha gente se mantiene ocupada y si se enferma o muere alguien, hay muchos otros para seguir entregando comida o medicamentos.

Otros trabajos los hago desde mi casa, doy clases virtuales de italiano a algunos alumnos y también hago videos tutoriales de cocina que tienen muy buena recepción.

Mi vida, con algunos altibajos fuertes, en siete años de pandemias, siempre encontró su equilibrio. Puedo vivir.

Pero algo extraño me pasa. Vivo un presente perfectamente organizado y conectado con otros, en el que me siento un byte y no una célula orgánica. Y mis recuerdos siguen siendo orgánicos, no son recuerdos de pantallas, de clicks para subir fotos o datos a un sitio web o de sonidos de mensajes entrando en mi celular. Mis recuerdos no son virtuales, son los de un mundo material impreciso, lejano, muy lejano, aunque aún lo pueda ver desde mi ventana. Ya llegarán las generaciones que tengan sólo recuerdos virtuales; por suerte para mí, aún no es ese momento y todavía puedo seguir hablando por Skype con personas que saben lo que es una ruta, un desierto, el suelo de un sendero de montaña, un arbusto en el bosque o la esquina de un colegio un otoño a las cinco de la tarde.

**Miriam Rizzuti**

Estudiante de Lic. en Letras

Sede Andina UNRN

Septiembre 2020